

México ha sido desde siempre, un arca inagotable de arte en todas sus expresiones profanas y religiosas. Dispone de viejas tradiciones, de profundas raíces. Las principales fuentes de este país de las "tres culturas" son, la precolombina, la colonial, con los estilos artísticos europeos de los diversos tiempos y el arte del pueblo mestizo.<sup>1</sup>

Empezando con los días de un Pedro de Gante, las producciones artísticas del mexicano han sido valoradas en función de su habilidad para imitar. Aquí, el arte mexicano es considerado como una rama del español y del europeo. Este arte es una manifestación habilidosa pero, no atrae al pueblo mexicano, pues parece, que quisiera completar en la "fortaleza personal" de la conciencia de los hombres la conquista del país. El antagonismo a este criterio entrará en vigor bajo la influencia de la Revolución Mexicana : el movimiento de la "Nueva Pintura", los muralistas.

En la corriente de revaloración del arte mexicano, se encuentra en primer término de los intereses el arte popular. Aún cuando un estudio del arte europeo, románico, gótico, mudéjar, renacentista, barroco, plateresco, churrigueresco etc. tal como aparece en México, con sus aspectos típicos y sus importantes innovaciones en conventos, monasterios, iglesias. edificios de los cinco últimos siglos, sería de gran importancia porque, queda mucho por investigar; no podemos ocuparnos de todas las expresiones arquitectónicas, escultóricas, pictóricas, poéticas, musicales, orfebres, textiles, etc. en la amplia gama mexicana. Tomaremos como tema principal sólo la manifestación artística más representativa del arte popular mexicano: la pasión de Jesucristo<sup>2</sup>, que constituye el núcleo central del concierto de motivos religiosos mexicanos, por el significado que reviste para la teología actual: la discusión sobre la religiosidad popular en la teología latinoamericana de la liberación.

### 1. Veneración de la cruz

Los misioneros predicaron desde el principio de la colonización el mensaje de salvación por Jesucristo, propagando con

ardor la señal de la cruz entre los distintos grupos étnicos de México. El crucifijo fué el símbolo más significativo y trascendental que emplearon los evangelizadores en su "conquista espiritual" del pueblo. Muy pronto, fueron levantadas cruces y crucifijos en muchas zonas del país y los indígenas, se dieron desde los primeros tiempos de la catequización a la tarea de venerarlos fervorosamente. Sobre esto, estamos detalladamente informados por religiosos e historiadores como Martín de Valencia, Gerónimo de Mendieta, Diego Valadés, Juan de Zumárraga y otros más. Era de esperarse, que la relevancia dada al mensaje de la cruz, que proporcionaba una nueva seguridad y protección después del choque total de la conquista sangrienta, despertara entre los indígenas recién cristianizados un fuerte eco. Muchas cruces fueron levantadas en el mismo lugar donde antes habían reinado los ídolos. La cruz substituyó la veneración de las estatuas de los dioses. Muy pronto se vieron las cruces en cerros y montes, en campos y sembrados, en los cruceros y en los caminos, en los mercados y en las plazas de reunión, en las viviendas y en los altares familiares de los naturales - en los sitios donde <sup>antes</sup> había figuras y estatuas de sus dioses, para librarse de los lazos y ataduras y de la venganza de sus deidades por ellos abandonadas. En el tiempo de cuaresma, especialmente durante los días santos llevaban cargando los nuevos cristianos, pesadas cruces de madera, de una iglesia a otra en una especie de penitencia, aún, en capillas lejanamente situadas y se llevaban a cabo grandes procesiones en honor del crucificado. Muchas cruces y crucifijos edificados en espacios abiertos, especialmente en las plazas y en los atrios de iglesias y conventos, se convirtieron en centro de oración, de reunión y de instrucción de los naturales en la doctrina cristiana. En los domingos y días festivos eran adornadas con muchas flores por los nuevos creyentes. Baumgartner piensa, no sin razón, que, "los misioneros al implantar la veneración de la cruz se dejaron conducir por ideas de adaptación y substitución de antiguas costumbres idólatras por cristianas"<sup>3</sup>. Así como transformaron los antiguos templos en iglesias cristianas, el crucifijo, señal de la nueva religión, desplazó incontables figuras de dioses, en calles, montes, campos y casas. A menudo, colocaban los naturales en las cercanías de las iglesias sobre cerros, una especie de monte Calvario, imitando el Gólgota, erigiendo estaciones de Viacrucis en el camino hasta el pueblo. Cara a

este culto que se desarroyó desde el principio de la evangelización en México, escribió Fray Toribio de Benavente que, en ningún otro lugar de la cristianidad es tan glorificada la cruz.<sup>4</sup>

Al comienzo, estas cruces fueron fabricadas de madera y alcanzaban proporciones tan grandiosas como los "mástiles de las naves". Así, debía ser la cruz de madera de ahuehuete del atrio del convento de los franciscanos en México-Tenochtitlán, con casi 200 pies de altura que sobrepasaba a todos los edificios de la ciudad.<sup>5</sup> Algunos de estos monumentos, que después del Sínodo de 1539 fueron hechos de piedra, se han conservado hasta hoy; raras veces tienen un cuerpo esculpido, en la mayoría de los casos, se pueden ver símbolos de la pasión de Jesucristo artísticamente estilizados - martillo, clavos, pinzas, lanzas, látigo, corona de espinas, escalera, gallo, manos, corazón, uvas, cáliz, hostia, espigas, flores.

Especialmente las fastuosas cruces en los patios de los conventos del siglo XVI, que semejan columnas de cuadros petrificados, son testimonios de la continuación de la escultura precolombina, con influencia significativa de la escultura azteca y monumentos eminentes para la implantación del cristianismo en el amplio territorio mexicano. Tales cruces "festivas" del siglo XVI están en los atrios de los conventos franciscanos en Cuautitlán, Mex., Huexotla, Mex., Huejotzingo, Pue., Tepeapulco, Hgo., Huichapan, Hgo., de los conventos agustinos de Acolman, Mex., Ocuituco, Mor., Epazoyucan, Hgo., Metztlán, Hgo., Huango, Mich., en los patios de las iglesias en Oxtotipac, Mex., Atlatláhuca, Mex., Santiago Tultitlán, Mex., Temimilcingo, Mor., Zempoala, Hgo., San Pedro Atarácuaró, Mich., Tarecuato, Mich., etc. En estas cruces de los atrios del siglo

XVI, "algunas de ellas, obras escultóricas insuperables, la corona de espinas, el hisopo, los clavos, la sangre, el rostro del crucificado, los cálices votivos, serán campo muy propicio en el que el escultor indígena revivirá las más fantásticas y nunca olvidadas visiones de sus cuatlícués y de sus narigudos"<sup>6</sup>. La trascendencia tan simbólica de esos impresionantes monumentos de piedra y esas señales de la religión cristiano-mexicana, que han sido denominados por Moreno Villa como cruces de "Tequitqui"<sup>7</sup> (tributarío en náhuatl), tuvieron un valor de gran importancia para la evangelización de los na-

guna otra parte como aquí, donde la pena y la soledad se palpan en medio de los hombres, se ha identificado tan profundamente el sufrimiento de las masas con el del Hijo de Dios. Los mexicanos, acostumbrados, a través de una larga tradición a la penitencia, al autosacrificio y a la devoción, dependiendo siempre de la voluntad de sus viejos dioses, eran especialmente propicios para absorberse con la muerte de Jesús. Su sacrificio en la cruz, no era para ellos un "scandalum crucis" como para los hombres de la antigüedad, por el contrario, era algo familiar: el hombre concibe la salvación y la redención a través del sacrificio. Cruces, crucifijos y representaciones de torturas de Cristo, de misioneros y artistas indígenas, provocan por eso en los mexicanos las primeras relaciones emocionales con la nueva religión. Nadie discute, que la trágica interpretación de la lucha de la muerte de Jesús, encontró conmovedora expresión en la religión y el arte popular mexicanos. Las joyas de oro y plata, las estampas votivas y las limosnas que cubren las estatuas de Cristo en las iglesias son señales de la profunda veneración y fervor al Cristo sacrificado.

En numerosas iglesias de todo México - podría decirse que en la mayoría - aún en los pueblos más pequeños, llaman la atención las figuras del Señor doliente y moribundo. Lo representan sentado y en pie, con la corona de espinas, en la columna del martirio, cargando la cruz, colgado a la cruz o reposando en sacrófagos de madera o de cristal. Caras humanas adoloridas, miran a través del polvo de los siglos sobre el país. Todos son miembros de algo semejante a una larga cadena que reflejan en las esculturas los deseos y los conceptos de los naturales. También el material usado en esos crucifijos y esculturas de Cristo - a menudo pasta de orquideas preparada según viejas costumbres de maíz y algodón - les ayuda a comprenderse desde su pasado y a sentir conexiones espirituales y emocionales con sus tradiciones precristianas.

En la capilla bautismal del convento franciscano de Zinacantepec, Mex., erigido hacia 1563, cuelga un impresionante crucifijo en la pared de lado izquierdo. El crucificado está cubierto de heridas sangrantes y verdugones, que corren paralelos, dando al espectador de manera plástica una representación de la flagelación de Jesús por medio de los soldados, cuyos azotes se incrustan en el cuerpo del sacrificado y pro-

hablando con el párroco sobre ese crucifijo, me hizo el comentario significativo siguiente : " Ya que los españoles no comprendían las lenguas de los indígenas y éstos tampoco el español, los misioneros recurrieron a las representaciones plásticas impresionantes para llevar a los indios a creer en el crucificado. El cristianismo entró en los indios por los sentidos. Por eso fué hecho este crucifijo, de tal manera, que el martirio del crucificado fuera visto lo más plástico posible. Entre más horrible se vea la sangre chorreante en el Cristo crucificado, más fuerte hace efecto el sacrificio de Cristo entre los indios."<sup>10</sup> En la forma de expresión de este crucifijo, se muestra la entrega interna del artista al Cristo crucificado, se muestra también su propia participación en el suceso. Tal vez quiso representar - consciente o subconscientemente - la disposición de su pueblo al sacrificio y la suya propia. Jesucristo, hombre y también hijo de Dios se sacrifica en la cruz para salvar a los hombres. Lo que para los hombres de la Antigüedad era paradójico, era para el mexicano una escena familiar, en conexión con el culto de sacrificios sangrientos de sus antepasados.

En muchísimas iglesias de las diferentes regiones de México se puede encontrar, columnas de martirio de Jesús sacrificado, que provocan horror y espanto : figuras azotadas y golpeadas, cuerpos desollados, sangrando lastimosamente, como si toda la carne fuera a salirse por el costado entre las costillas desencajadas. Ejemplos impresionantes de ese realismo tan dramático, en la representación del hombre dolorido, en que el alma mexicana revela su propio dolor espiritual, hallamos en las iglesias de los antiguos monasterios franciscanos en Huejotzingo, Pue. y Tlalmanalco, Mex., en los monasterios agustinos en Ocuituco, Mor., Yecapixtla, Mor. y Atlatláhuca, Mor., en las iglesias de San Bartolomé Atlatlahuca, Mex., San Esteban Tizatlán, Tlax., San Juan de Dios de Pátzcuaro, Mich., "El Santo Cristo" en Santiago de Chalco, Mex., etc.<sup>11</sup> Muchas de esas esculturas que para un europeo resultarían repugnantes, vislumbran representaciones del culto prehispánico de sacrificios humanos a Xipe Totec, "Nuestro Señor, el desollado". Quien observa con detenimiento los Cristos de la Columna en las iglesias parroquiales de San Martín Tex-

melucan, 1901. y otros, no, pero puede sin duda llegar a pensamientos similares.<sup>12</sup> "En las imágenes de madera de los siglos XVI y XVII de los Santos Cristos martirizados ... el aborigen recordará las orgías de sangre de Huichilobos. Se complacerá en representar con máxima crudeza llagas y heridas y demacraciones del cuerpo. La sangre escurrirá del costado, de las manos, de la cabeza, de los pies, y cubrirá la desnudez del personaje. En la capa -como en la vestimenta que cubría a los auténticos sacerdotes de Huichilobos- se untará la sangre profusamente, encadenándose así el hoy humillado de la raza, con el ayer esplendente de su pasado."<sup>13</sup> Según la opinión de O. Paz "el mexicano venera al Cristo sangrante y humillado, golpeado por los soldados, condenado por los jueces, porque ve en él la imagen transfigurada de su propio destino"<sup>14</sup>. En los sufrimientos y en la muerte de Jesús se le representa su propia penosa experiencia: su viacrucis de servidumbre, de humillación, de desprecio. El atormentado hijo de Dios se convierte en su hermano, su vida gana forma, ahora se hace corporal, accesible, plástico. El es un hombre sacrificado por su pueblo.

Con profundo respeto besan las personas el cuerpo cubierto de sangre tal y como lo pide la tradición. Lo sacrosanto se actualiza, trasciende a la materia: la madera, el maíz, el color rojo de la sangre. La deidad se hace accesible a los sentidos, palpable y por así decirlo disponible. Dios es sentido como Verdad. "El contacto físico", piensa B. Welte, "es la expresión y el testimonio del roce íntimo con el santo. Tengo la impresión que aquí lo interno y lo externo del hombre no se diferencía tanto como en Europa. Lo interno se exterioriza sin problemas y evidentemente, lo externo es en la mayoría de los casos al mismo tiempo lo interno. Para nosotros europeos, esto es extraño y digno de admiración al mismo tiempo."<sup>15</sup>

El misterio del culto era, entre los antiguos mexicanos, el lugar donde la salvación se volvía actual, donde la teofanía se convertía en experiencia. Es precisamente, en las concepciones del culto, donde se pueden sondear las profundidades religiosas y humanas de esos pueblos. Su mística se proyecta siempre, en la situación de los actuales indígenas de México. En la interpretación de la historia del sufrimiento

de Jesús, unen los mexicanos dos religiones y dos culturas distintas. El buen Jesús y los dioses de antaño entran en comunicación íntima a través de la sangre sagrada de la muerte de sacrificio. El mundo mexicano es regido por el destino del ritmo cíclico, complejo espacio-tiempo, etc., de la no siempre clara voluntad de los dioses. Cristo ha roto esas cadenas y ha otorgado el perdón. El sacrificio y la idea de salvación se vuelven personales. La libertad en Cristo encarna en los hombres. Así, por lo menos enseña el cristianismo. Cristo como libertador y redentor -¿le han aceptado y concebido los mexicanos? Fray Martín de Valencia logró dirigir la profunda piedad que la población natural tenía por sus dioses hacia Cristo. A él se **debe** la leyenda del "Señor del Sacramonte" que hasta hoy día es venerado por la gente humilde y religiosa. El cristianismo, con su misericordia, su auxilio y su gracia, otorgados por Jesucristo, despertó en los naturales nuevas esperanzas. Pero su antiguo Credo, estaba muy enraizado. Así, puede verse ~~pasadas~~, en muchas de las primeras figuras de Cristo, facciones de la antigua religiosidad, como es el caso del "Santo Entierro" del Sacromonte, Amecameca. Los misioneros eran lo suficientemente listos para tolerarla. Sin embargo, se puede reconocer en la representación de Cristo una particularidad: las esculturas de los antiguos dioses no mostraron caras adoloridas, la expresión del dolor no obstante, dibujaba la cara de los destinados a morir sacrificados para los dioses. Estos hombres, profundamente religiosos, encontraron en el rostro atormentado de Cristo el reflejo de su propia suerte.

La aceptación del Cristianismo por los mexicanos, no significó para el artista indígena un rompimiento total con el pasado. Las figuras de santos, así como las de María y Cristo traídas desde España y aquí imitadas, cayeron en el ámbito de las actividades creadoras de los indígenas y se convirtieron en fuente de un nuevo arte popular religioso para el mexicano. Los artistas mexicanos tenían que someterse a la cultura colonial, ~~ésto~~ se manifiesta plásticamente en su inclinación hacia los aspectos europeos típicos, lo que exigió la demanda de los misioneros y colonizadores.<sup>16</sup> No obstante, se sintieron motivados a llevarse a su propio mundo al hijo de Dios, y hacerlo uno de los suyos, dilucidando el hecho bíblico del sacrificio

de la cruz en su horizonte de comprensión y por ese medio calmar las necesidades espirituales del pueblo. Así nace, poco a poco un arte cristiano indígena que es, al mismo tiempo, una manifestación artística y religiosa de un pueblo sufrido y oprimido durante siglos. Entre las manos de esos artistas, casi todos desconocidos, se fundó el material expresivo cristiano español - indígena. Ellos tomaban el arte traído por los españoles como modelo para impregnarlo con el colorido de las antiguas formas religiosas mexicanas, logrando una síntesis entre la concepción de la sociedad colonial dominante, de las masas humildes y pobres (indígenas y mestizos) y de su representación e ideas percibidas individualmente. O. Paz escribe en su "Laberinto de la Soledad" : "En las iglesias de los pueblos abundan las esculturas de Jesús - en cruz o cubiertas de llagas y heridas - en las que el realismo desollado de los españoles se alía al simbolismo trágico de los indios: las heridas son flores, prendas de resurrección por una parte y, asimismo, reiteración de que la vida es la máscara dolorosa de la muerte."<sup>17</sup> La formación plástica del Cristo "mexicano" es para el indígena creyente, una expresión natural de su entrega interna al sacrificado y un ejemplo silencioso e impresionante de cómo las tradiciones cristiano-españolas y mexicano-autóctonas en su interno fluir se han mezclado en el alma del mexicano. La medida de la influencia plástica española en el desarrollo plástico religioso mexicano, podrían darnos quizás los plásticos del Museo Nacional para la Escultura religiosa en Valladolid, España (entre otros los de Alonso Berruguete, Diego de Siloé, Juan de Juni, Manuel Pereira, Gregorio Fernández, Francisco Salzillo, etc.). En la creación de crucifijos, estatuas y pinturas de Cristo entre los indígenas, no se trata de simples copias de modelos importados de España. Claramente puede verse como el Cristo "blanco" muestra una tendencia a adoptar la apariencia mexicana y lo logra en su aspecto exterior (rostro, vestidos) y en su aspecto interior (expresión de los sentimientos del pueblo autóctono pobre y dominado).

Los misioneros y evangelizadores de los siglos pasados toleraron estas manifestaciones con el propósito de lograr una adaptación cultural y religiosa de los cristianos mexicanos. Tratando de que la cultura mexicana y el ambiente por

...determinada sirviera como medio para propagar el cristianismo.

No se hace sorprendente que, desde el inicio de la propagación del culto a la cruz en México, la pasión y muerte de Cristo hayan pasado a formar (junto con el culto a la Virgen de Guadalupe) el punto central de la piedad popular. Santuarios muy frecuentados se convirtieron en centros de peregrinaciones: el del "Señor del Sacromonte", Amecameca, Mex., "Santo Cristo de Chalma", Mex., "Santo Señor de la Peña", Mazatepec, Mor., "Cristo de Tepalcingo", Mor., "Señor de Tila", Chiap., "Santo Señor de Chipinque", Jal., "Señor de Chavarriete", Taxco, Gro., etc.

Junto con la fé cristiana, los evangelizadores, trajeron también a México los ritos y fiestas cristianas de carácter español. La fiesta del "Encuentro de la Cruz" el 3 de mayo que también se le conoce como "Día de la Santa Cruz de Mayo" y la fiesta y la danza de "Moros y Cristianos" como muchas otras más, eran y son todavía festejadas por el pueblo con pompa y lujo. Servían y sirven hasta hoy para profundizar la veneración a la cruz y al crucificado.

### 3. Imitación del sacrificio de Jesucristo

La muerte de Cristo crucificado - Dios muere como hombre en sangriento sacrificio para salvar a los hombres - no era entre los cristianos mexicanos una idea desconocida, pues también los dioses mexicanos morían por los hombres para salvar al pueblo. Ese espíritu del México antiguo se ha conservado sin duda en las fiestas de Semana Santa<sup>18</sup> cuando se llevan a cabo las más impresionantes festividades religiosas, procesiones, danzas y representaciones teatrales en las que, se percibe con claridad la influencia de las culturas prehispánicas. De manera muy realista es "festejada" la pasión y muerte de Jesús; en varias regiones de alto porcentaje indígena es notorio un fuerte sincretismo, en otras predomina el cristianismo, por ejemplo en Iztapalapa, Mex.D.F., Tzintzuntzan, Mich., Tacátzcuaro, Mich., Capulhuac, Mex., San Juan y San Andrés Chamula, Chiap., Quiotepec, Oax., San Pedro Amuzgos, Oax.,

Pinotepa Nacional, Oax., Huajicori, Nay., etc.<sup>19</sup>

Estas festividades y representaciones de las que podría pensarse que son muestras de un fanatismo religioso, se nutren al mismo tiempo de "sangre y flores" de las antiguas religiones mexicanas y de elementos del cristianismo con vestiduras españolas; ejecutadas con auténtica piedad, de una embriagante alegría festiva. En relación a esto es conveniente hacer una pequeña alusión a los "pasos" del escultor murciano Francisco Salzillo (1707-1783), representaciones de la pasión que son llevados en las procesiones de Semana Santa y llenan al pueblo tanto en Murcia como en Sevilla de un entusiasmo frenético.<sup>20</sup>

Gran parte de la población indígena de México, los descendientes de los antiguos pobladores se muestran desde hace siglos obligados a unas creencias que no han cambiado ni en el contenido ni en la forma. Nuevos artistas se suceden pero, sus creaciones muestran siempre la misma alma: el Cristo torturado, en la mayoría de iglesias mexicanas realísticamente representado, es el Cristo de los naturales, de los pobres. El, el flagelado, el coronado de espinas, el desollado, cargando la cruz, y crucificado, gana su veneración, su afecto, su amor. Rezando y suplicando se hincan los visitantes ante el Señor doliente, lo acarician afectuosamente, le besan las heridas. Con él se pueden identificar.

Para los mexicanos en su gran mayoría no son ni las Pascuas de Resurrección, ni Pentecostés ni la Navidad el punto central del año litúrgico. A las fiestas cristianas de la vida y la esperanza tienen poco acceso. Su piedad se concentra junto a la veneración de la Virgen y de los santos sobre todo a la Semana Santa, a las fiestas de los dolores y muerte de Jesús. Dolor y luto se dejan sentir. Esta es su vida y son sus experiencias del tiempo de los dioses antiguos a través de la conquista hasta el presente: sacrificio y dolor.

Sobre la fatiga, la miseria, la degradación y la muerte de sacrificio está la cruz, en el sentido del Nuevo Testamento pero, también como suma de la elevación y el señorío de Cristo. Su soberanía significa triunfo, él quiere liberar, salvar y llevar a su reino. La piedad mexicana del Cristo padeciente y moribundo, integra con mucho sentido la inegable e imponente omnipotencia de la muerte, pero parece que tiene poca fe en la Resurrección de Jesucristo. Este funda-

mento que da significado al pensamiento cristiano se encuentra aquí en trastienda, el papel que desarrolla en la conciencia y en la concepción del cristiano mexicano es secundario; el mexicano con su piadoso temor y santo espanto se entrega al elemento doloroso de la existencia mirando sólo los aspectos oscuros: dolor, transitoriedad de la vida, muerte.

Resumiendo, se puede decir que el rostro mexicano de Cristo, es la cara del hombre que sufre y se sacrifica. Parece, como si la muerte del Jesús torturado no se hubiese consumado en la resurrección, mientras ciertamente, la fe cristiana está enraizada insondablemente en el acaecimiento de la victoria Pascual.

#### 4. Conclusiones y valoración cristológica.

Casi todo el arte de la época colonial del que hemos hablado, era extranjero en su esencia y en su estructura, tomado del modelo europeo<sup>21</sup> y adornado al estilo mexicano. Al artista se le había obligado a tomar un modelo extraño, para entenderlo tenía que acercarlo a su realidad, a su ambiente, a su vida, a sí mismo. Al único sitio al que podía recurrir para "naturalizar" su modelo era, a la realidad materialmente recién destruida pero, todavía viva en sus sentidos y latiendo dolorosamente en su alma. Y a esa realidad presente-pasada recurrió, buscando en ella los ornamentos que caracterizarían al nuevo Dios; que con el tiempo se haría profundamente mexicano.

La época colonial, fué una época de opresión social, intelectual y cultural del pueblo. Los productores de artes plásticas de aquellos tiempos, pusieron sus obras al servicio de los representantes de la Iglesia para una cristianización más efectiva de los indígenas pero, también al servicio de las multitudes convertidas, anhelantes aún de su pasado. Así, los artistas, identificándose con los nuevos convertidos en sus ansias religiosas, debieron colocarse, quizá inconscientemente, de parte de la sociedad colonial, de los dominadores que supieron aprovecharse de la religiosidad popular para sus

fines. No es de extrañar, el surgimiento de ideas renovadoras que pretenderán modificar los aspectos socio-políticos y culturales del país. En el tema artístico, nace un movimiento, que enjuiciará duramente a la religión cristiana, a la sociedad colonial y a la dictatorial y a la gran injusticia social de los tiempos modernos: los muralistas. Nutridos en las ideas que revolucionaron a México en los principios del siglo, crean una expresión nueva del arte mexicano.

Tal como el arte colonial mexicano, sirvió para producir una identificación de los fieles con la pasión de Cristo, profundizando sus creencias; así, las interpretaciones secularizadas de los muralistas buscan la solidarización con el sufrimiento del pueblo. Uno de sus puntos principales es el ataque al clero, al que ven convertido en instrumento de la política imperial, primero y dictatorial después, olvidando su verdadera misión y dejando caer al pueblo a su mísera situación actual. Parte importante de la obra de estos muralistas es ocupada por la iconografía cristiana, como muestra citaremos sólo algunos ejemplos relativos a nuestro tema<sup>22</sup>: En el "Cristo resucitado destruyendo su propia cruz" (Orozco, Escuela Nacional Preparatoria 1922-24), Cristo -según Orozco- ya no se identifica con su cruz, su sacrificio fué inútil, no redimió a los mexicanos, y la destruye para buscar otros medios. En la obra de Diego Rivera, la crítica se dirige a las instituciones de la Iglesia cristiana, al igual que la de Siqueiros. Como ejemplo del primero: "La Religión y el Hombre" (Tablero 4, 1945, Museo de Arte Moderno, México, D.F.) la figura de un Cristo coronado de espinas, que consuela y parece bendecir a un esclavo encadenado de pies y manos, mientras el clero y el poder político luchan entre sí. Siqueiros, en su "Viacrucis de Cristo" (1963), en primer plano una escultura de Cristo flagelado y al fondo, el monte Calvario, hace a Cristo figura de los intereses de la Iglesia.

En la representación y veneración de Cristo sacrificado en el arte popular mexicano, se reflejan sobretodo, tensiones culturales, religiosas y sociales. En el aspecto cultural se refieren al choque de la conquista y la conjunción de las tradiciones y estilos antiguo-mexicanos y español-europeos; en el religioso, a la fusión de las concepciones y

laciones sociales y a las estructuras del poder.

En ese aspecto religioso, se muestra una cristología incompleta, la que se predicó desde la conquista y que a veces hasta hoy día se sigue enseñando, deseada por los dominadores y aceptada sumisamente por el pueblo: una mística de cruz y pasión; el sufrimiento y muerte del Jesús histórico (Theologia Crucis), una cristología óntica y sustancial. Verdades esenciales faltaron (como ahora en la "teología de la pobreza", "teología de la religiosidad popular", "teología de la liberación", se redescubren y se propagan )<sup>23</sup> :

la soteriología (cruz, resurrección - salvación), la eclesiología (la presencia histórica, sociológica y llena de gracia de Jesucristo, de su salvación y de su recepción en el mundo), la cristología ontológica y funcional, la cristología de la resurrección y de la fé en el Kyrios.

El pueblo "oprimido"<sup>24</sup> y "crucificado"<sup>25</sup> se reconoce en el Jesucristo torturado y crucificado. Pero también, sabe hoy que muere con Cristo y resucita con Cristo (Rom. 6) y que participa de la obra de liberación de Jesús, sirviendo al prójimo (Gal. 3,28) en la solidaridad (Lc. 1,46-48, 51-53) y en la liberación de los oprimidos (Col. 3,11). Porque la imitación de Jesucristo, no significa sólo resignarse, aguantar el dolor, la injusticia, la humillación, etc. sino, también debe ser interpretada en el sentido de las bienaventuranzas y de la disposición a esforzarse por el reino de Dios. Por eso, una cristología popular mexicana de los tiempos actuales, tendría que incluir: una liberación de la culpa y del pecado, una liberación de las fuerzas y poderes de la naturaleza y de sus "dioses" y "espíritus", una liberación del miedo y la mentalidad de esclavos, una liberación que sitúa a Dios en primer término como el buen padre (y buena madre) que oye el grito de su pueblo, que siente sus temores y que envía a su hijo como Temaquiztiani, como "liberador de los hombres" y salvador.

La serie de discusiones teológicas sobre religiosidad y liberación (desde el Concilio Vaticano II) han traído consigo un resultado muy importante: la evangelización en Latinoamérica y en México se ha concientizado, en demanda de una nueva interpretación de los símbolos y formas de expresión del alma y de la religión del pueblo. (Pueblo Nr. 401, p. 105).

- 1) Véase Manuel Toussaint : Arte Colonial en México. México, D.F. 1962
- 2) Mírese "Mexikanisches Gesicht Christi", en Richard Nebel: Altmexikanische Religion und christliche Heilsbotschaft. Mexiko zwischen Quetzalcóatl und Christus. Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft, Supplementa, Bd. 31. Immensee (Suiza) 1983, 281-305
- 3) Jakob Baumgartner : Mission und Liturgie in Mexiko. Schöneck - Beckenried (Suiza) 1971 2 Vols.), Vol.1, 362
- 4) Toribio de Motolinía : Historia de los Indios de Nueva España (1541), Barcelona 1914, Trat. II, Cap. 5
- 5) Juan de Torquemada : Los Veinte y Un Libros Rituales y Monarquía Indiana (1615). Madrid 1723 (3 Vols.), libro III, Cap. 26
- 6) Felix F. Palavicini : México. Historia de su Evolución Constructiva. México, D.F. 1945 ( 4 Vols.), Vol 3, 282
- 7) José Moreno Villa : Lo Mexicano en las Artes Plásticas. México, D.F. 1948, 9
- 8) Jakob Baumgartner, op. cit. Vol.1, 364
- 9) Véase Enrique Dussel : "Christliche Kunst des Unterdrückten in Lateinamerika", Concilium 16, Heft 2, Mainz 1980, 106-113
- 10) Entrevista con A. Verver y Vargas, párroco de San Miguel Zinacantepec, Mex., el día 9 de julio de 1975
- 11) Mírese Richard Nebel, op. cit.
- 12) Mírese Xavier Moyssén : México. Angustia de sus Cristos. México 1967
- 13) Felix F. Palavicini, op. cit.
- 14) Octavio Paz : El Laberinto de la Soledad. México, D.F. 1950, 31973 (CF 107), 75
- 15) B. Welte : "Aus meinem peruanischen Tagebuch", Christ in der Gegenwart 28, Freiburg i.Br., 15. 2. 1976, 53
- 16) Mírese José Camón Aznar : La Pasión de Cristo en el Arte Español. Los Grandes Temas del Arte Cristiano en España, Vol. 3. Madrid 1949. - El Marqués De Lozoya : "El Rostro de Cristo en el Arte Español. De Ribalta a Goya", Cuadernos Hispanoamericanos 76, No. 228, Madrid 1968, 603-619
- 17) Octavio Paz, op. cit.
- 18) Mírese Luis Reyes García : Pasión y Muerte del Cristo Sol. Xalapa, Ver., México 1960
- 19) Richard Nebel, op. cit.
- 20) Mírese P. Tisné - D.J. Millicua : Spanien. Köln 1968, 518
- 21) Compárese el arte mexicano y sus representaciones de Cristo crucificado con las tradiciones europeas : Monika von Alemann-Schwartz : Crucifixus Dolorosus. Beiträge zur Polychromie und Ikonographie der rheinischen Gotik. - Berlin - Frankfurt - Wien - Banofsky : "'Imago Pietatis'. Ein Beitrag zur Typengeschichte des

'Schmerzensmanns' und der 'Maria Mediatrix', Festschrift für Max J. Friedländer. Leipzig 1927, 261-308. - Robert L. Füglistner : Das Lebende Kreuz. Ikonographisch-ikonologische Untersuchung der Herkunft und Entwicklung einer spätmittelalterlichen Bildidee und ihrer Verwurzelung im Wort. Einsiedeln 1964

- 22) Sobre esto encontramos muchos ejemplos en Hans Haufe :  
Funktion und Wandel christlicher Themen in der mexikanischen Malerei des 20. Jahrhunderts. Westberlin 1978
- 23) Véase Brian McDermott : "Jesus Christus im Glauben und in der Theologie von heute", Concilium 18, Heft 3, Mainz 1982, 154-160. - Juan Carlos Scannone : "Theologie und Volksweisheit in Lateinamerika", Orientierung 44, Nr. 14/15, Zürich 1980, 152-157
- 24) Enrique Dussel, op. cit., 112 : Según Dussel es ese "arte de los oprimidos" la expresión de la miseria y una manifestación de protesta, de esperanza a la liberación. Está habilitado por una auténtica fuerza productiva, por una capacidad creativa y también artística que revela el potencial histórico liberador de los Pobres.
- 25) Véase Jon Sobrino : "Der Glaube an den Sohn Gottes aus der Sicht eines gekreuzigten Volkes", Concilium 18, Heft 3, Mainz 1982, 171-176
- 26) Conferencia del Episcopado Mexicano, Ed.: Plan Orgánico de Trabajo Pastoral, 1983-1985. México, D.F. 1983, 83-91.

Dr. theol. Richard Nebel  
Kulturwissenschaftliche Fakultät  
(Lehrstuhl Katholische Theologie)  
Universität Bayreuth  
8580 Bayreuth, Alemania Occ.

(Dirección privada:  
Stolzingstr. 9  
8580 Bayreuth  
Alemania Occ. )